

Así pasaron las cosas; y cuando ya muy tarde conoció su error el Archiduque, fué á pedir aquel perdón, que no fué más que una confesión de su falta.

IX.

EL MAYOR TRAIADOR, SEGÚN MAXIMILIANO.

El Barón de Lago, Ministro de Austria cerca de la Corte de Maximiliano, remitió al Gobierno Austriaco, con fecha 30 de Mayo de 1867, un informe de los acontecimientos sucedidos en Querétaro el 15 de aquel mes; y con fecha 23 de Junio, envió á su mismo Gobierno, una carta en que ampleó la relación de su informe (1).

Este Ministro fué llamado por Maximiliano á su prisión en Querétaro; y es el mismo que hemos visto figurar en el proyecto de fuga de aquél, firmando el primero las libranzas destinadas al pago ofrecido á los coroneles Palacios y Villanueva.

En el informe y carta, refiere el Ministro al Gobierno Austriaco, cuanto había sucedido en Querétaro, y la multitud de conferencias que tuvo con el Emperador Maximiliano, en su prisión.

En el segundo de estos documentos, aludiendo á los reproches que lanzaba el Archiduque contra el general don Leonardo Márquez por su conducta, dice entre otras cosas: "Por otra parte, S. M. el Emperador me había designado á mí, *lo mismo que á mis colegas al general Márquez como EL MAYOR TRAIADOR*, que después que había salido de Querétaro había obrado siempre de un modo directamente opuesto á las instrucciones que había recibido del Emperador. Así el Emperador me dijo que el general Márquez, no había estado nunca autorizado para ponerse en marcha sobre Puebla, sinó que había recibido orden de pasar, con la guarnición de México y las sumas depositadas en esta ciudad, á Querétaro, en donde habría ofrecido entonces al ejército principal de los liberales una batalla decisiva, cuyo resultado le habría sido ciertamente favorable."

Víctor Darán, en el epílogo de su obra ya citada, hablando de Márquez, dice: "Márquez, el terrible jefe del estado ma-

(1) Tengo ambos documentos impresos.

yor de Querétaro, el general que daba órdenes breves é imperiosas en el asalto del 14 de Marzo, come el pan del destierro, y redacta libelos ultrajantes para la memoria del general Miramón, olvidando el legado de deshonor que le ha dejado Maximiliano en la carta que el Barón de Lago dirigió á los coroneles austriacos que se encontraban en México, y que se termina por estas palabras: *Maximiliano me ha declarado repetidas veces en Querétaro que Márquez es el más grande de los traidores (1).*"

Esta carta, según anotación del historiador Darán, es de 19 de Junio de 1867, y publicada en la obra "La intervención francesa en México, de Clemente Duvernois."

Se vé por esto, que el Barón de Lago refirió en cartas distintas al Gobierno de Austria, y á los coroneles austriacos que se hallaban en México, las palabras de queja y reproche que Maximiliano pronunció repetidas veces en su prisión, contra el general Márquez.

Por otra parte, en la obra del señor Pola, se lee (2): "Como ratificación de la desconfianza que Maximiliano tenía de Miramón, no podemos menos de citar lo siguiente que Maximiliano dijo á la señora Agustina C. de Mejía, al llorar, porque el general Mejía iba á ser fusilado sin remedio:— "Esas lágrimas, señora, se las debe usted sólo al general Márquez, porque me ha dicho que el general Mejía era muy tonto, y el general Miramón, muy ambicioso, y que el uno con su tontería y el otro con su ambición me perderían. Si Mejía me proponía capitular era para dejarme caer en poder del enemigo; si Miramón salir, era para que me matasen. ¡Sólo mi buen amigo era Márquez! ¡Demasiado tarde he conocido á mis mejores amigos!"

Está muy bien; ¿pero cuál era esa traición que imputaba Maximiliano á Márquez, de que tanto se quejaba?

Será necesario referir, aunque sea á grandes razgos, el hecho á que el Emperador llamaba traición de Márquez.

[1] Obra cit. pags. 251 y 252. El texto francés dice así: "Marquez, le terrible chef de l'état major de Queretaro, le général qui donnait des ordres brefs et impérieux à l'assaut du 14 mars. mange le pain de l'exil et rédige des libelles outrageants pour la mémoire de général de Miramon, oubliant le legs de déshonneur que lui a laissé Maximilien dans la lettre que le Baron de Lago adressait aux colonels autrichiens qui se trouvaient à Mexico et qui se termine par ces mots: Maximilien m'a déclaré à plusieurs reprises à Queretaro, que Marquez est le plus grand des traîtres."

(2) Pag. 173.

El 22 de Marzo, este jefe imperialista, á la cabeza de mil doscientos hombres, y acompañado del general don Santiago Vidaurri, forzando la línea de sitio, salió de Querétaro para México, llevando las órdenes precisas de reunir la guarnición imperialista y cuantos elementos existían en la capital, y regresar prontamente sobre Querétaro en auxilio de la plaza.

Llegó Márquez á México, y allí supo que el general don Porfirio Díaz (1), en jefe del ejército de Oriente, sitiaba á la sazón, la plaza de Puebla. El jefe imperialista determinó entonces marchar primero en auxilio de esta plaza, derrotar allí al general Díaz, ú obligarlo á levantar el sitio, reunir también la guarnición imperialista allí existente, y regresar en seguida en auxilio de Querétaro. Salió, pues, de México á la cabeza de una brillante división compuesta de 3480 hombres y 17 piezas de artillería, rumbo á Puebla.

Este movimiento de Márquez, inspiró al general Díaz una resolución heroica, cuya ejecución llenó de gloria á dicho jefe republicano: asaltar la plaza y tomarla á viva fuerza, antes que llegara en su auxilio, el general imperialista.

Y el 2 de Abril, fecha desde entonces memorable en los anales de la historia patria, el soldado de la República, atacó con ímpetu incontenible la plaza sitiada, tomándola por asalto después de sangrientísima pelea. La guarnición imperialista, desalojada de allí, se refugió entonces en los históricos fuertes de Loreto y Guadalupe; mas perseguida aún por el ejército asaltante, al fin se rindió allí al general vencedor.

Sabido esto por Márquez, suspende su marcha, y sabe á poco que el ejército de Oriente, con su gran caudillo á la cabeza, viene ahora sobre él. Entonces Márquez retrocede y huye en dirección á México; pero es alcanzado en la hacienda de San Lorenzo, y destrozado hasta el aniquilamiento. Penetra por fin á la capital, y allí queda á su vez sitiado por el vencedor de Puebla.

Así había concluido toda posibilidad de auxilios, á la plaza de Querétaro.

Muchas historias he leído, y muchas opiniones de militares competentes y entendidos he escuchado, que elogian, sin embargo, aquel movimiento de Márquez sobre Puebla, conceptuándolo de altamente estratégico, y digno de un consumado general. Y, á la verdad, que cualquiera se convence de ello, con sólo considerar que, si Márquez hubiera logrado auxiliar

[1] Actualmente Presidente de la República.

á Puebla, reunir á su división la guarnición allí existente, aquélla y ésta de tropas aguerridas como eran, y luego retroceder sobre Querétaro, ¡cuán distinta faz hubiera tomado la campaña entonces!

Mas si fracasó en su intento, no fué porque su movimiento fuera un descabellado plan de guerra, sino por el titánico arrojito del guerrero de Oriente (1).

Pues bien, á ese movimiento de Márquez, bueno ó malo en el orden militar, es á lo que Maximiliano llama traición de aquel general.

Es verdad que este jefe imperialista no llevaba á México más instrucciones que las de tomar allí cuantos elementos de guerra existían, y volver sobre Querétaro; y que él, en lugar de hacerlo así, marchó antes sobre Puebla, cometiendo con esto una desobediencia á su superior y soberano. Pero esta desobediencia, ¿es positivamente una traición? ¿Pues qué una traición en el orden militar no consiste indispensablemente en favorecer de cualquier modo el triunfo del enemigo? ¿Podrá racionalmente decirse que Márquez fué á ayudar en su triunfo á los republicanos, cuando iba precisamente á lo contrario, esto es, á combatir contra ellos? ¿No será más propio entonces llamar á ese desobedecimiento de las órdenes que llevaba, insubordinación ó indisciplina?

Pero sea de esto lo que fuere, el caso es que por eso se quejaba acremente el Archiduque, y calificaba por ello, ante los ministros extranjeros, al general Márquez del *mayor*, del *más grande de los traidores*.

¡Cómo! ¿Pues qué será mayor la traición de Márquez, que, en el caso de existir, sólo privó al Emperador de auxilios de guerra, que la de Miguel López, que también en el caso de existir, lo entregó á él y á todo su ejército en manos y á merced del enemigo? ¿Será mayor que la de Miguel López, cuando por la de éste, iba á perecer en un cadalso el Archiduque mismo? ¿Y decía esto cuando ya estaba sentenciado á muerte? ¿Quién no se sorprende aquí, al oír de los labios del Emperador, dadas esas circunstancias, apellidar mayor traidor á quien sólo desobedeció sus órdenes, que á quien lo vendió *por*

[1] La heroicidad de Jenofonte en la retirada de los Diez Mil, la de Scipión en el sitio de Numancia, la de Cuautemoc en el sitio de México, la de Antonio de Leyva en Pavía, la de Bonaparte en el paso del puente de Arcole, y la de Morelos en la defensa de Cuautla, no fueron mayores que la del general Díaz en el asalto y toma de Puebla, el 2 de Abril.

treinta dineros? ¿Será más grande infamia aquélla que ésta? ¿O será que Maximiliano decía eso porque en Márquez sí veía un traidor, y en Miguel López nó.....?

Conviniendo en que el Emperador haya tenido razón de sobra para quejarse de Márquez y reprocharle grandemente su conducta, sinó precisamente como una traición, sí como una desobediencia ó insubordinación; porque, prescindiendo de que haya sido ó no, estratégica su marcha sobre Puebla, es lo cierto que no llevaba instrucciones para emprenderla, sinó tan sólo para reunir los elementos de México, que en el caso le hubieran sido al Archiduque de altísima utilidad para su defensa en Querétaro, pero por grande que haya sido la falta de este general, hasta constituir, si se quiere, una traición completa, ¿cómo podrá racionalmente compararse, hasta resultar mayor que la que se ha imputado á Miguel López, y hasta conceptuar al autor de aquélla como el más grande de los traidores?

Y no se contentaba el Archiduque con designar á Márquez como el mayor traidor, sinó que en aquellas circunstancias, no tenía en su boca mas que el nombre de este militar para estarlo execrando sin cesar momento alguno, y atribuirle á él solo sus desgracias y las desgracias de los suyos. Así el Barón de Lago dice en su carta al Gobierno de Austria: "S. M. el Emperador me había designado á mí, *lo mismo que á mis colegas* al general Márquez como el mayor traidor."

A mí lo mismo que á mis colegas; quiere decir, que en presencia de cuantos ministros extranjeros había, exhalaba el Archiduque sus quejas contra Márquez.

Además, en la carta dirigida á los coroneles austriacos existentes en México, expresa el mismo Barón de Lago, que *muchas veces* le dijo Maximiliano en Querétaro, que Márquez era el mayor traidor; esto es, no una ni dos, sinó repetidas veces se lo dijo.

Y á la señora esposa de Mejía, le decía Maximiliano: "¡Esas lágrimas, Señora, se las debe vd. *sólo* al general Márquez!"— ¿Y por qué no debérselas más todavía y aun *solo* á Miguel López? ¿No era por la traición de éste por la que aquél militar iba á ser fusilado sin remedio? *¡Sólo al general Márquez!* Está dicho, para él, no había más traidor que Márquez.

Derrotado en San Lorenzo este jefe imperialista, y sitiado en la capital estrechamente por el ejército de Oriente, los defensores de Querétaro quedaron privados de los elementos de guerra que aquél había ido á traer, y sin más que los exigüos y ya casi agotados recursos de la plaza misma. Ignorantes del desastre de aquel jefe, esperaban su regreso un día y otro día;

mas como no lo vieran volver y se acercara ya el momento de poner fin á la lucha, tomaron aquella desesperada resolución de dar un ataque general á las líneas sitiadoras; pero como en ello viera Maximiliano el más grande de los peligros, forzado á ello, confirió á Miguel López la comisión de conferenciar con el jefe sitiador, y dejar terminado con él de todos modos los arreglos para la entrega de la plaza.

Pues bien, por haber obrado Márquez de esa suerte, por haber forzado con sus actos á Maximiliano á comisionar á López para que entregara la Cruz, es por lo que el Archiduque execró á Márquez, lo llamó el mayor traidor, y lo hizo responsable de sus desventuras, y hasta de las lágrimas de la esposa de Mejía. Por eso cuando ya en su prisión supo cuanto le había contecido á aquel jefe imperialista, le reprochó, en aquellas palabras que dijo al Barón de Lago, su movimiento sobre Puebla, porque no estuvo autorizado para efectuarlo.

Esa persistencia, pues, del Archiduque, en achacar á Márquez toda suerte de desgracias, está demostrado que, en su concepto, era, no sólo el más grande, sino aún el único traidor, responsable de sus desdichas. Y si no fuera así, ese concepto entonces de Maximiliano, no tendría explicación posible ni racional.

X.

TESTIMONIO DEL PADRE SORIA

Vamos ahora á aducir un testimonio importantísimo, mejor dicho, decisivo, de la cuestión histórica que tenemos en estudio: se trata de las revelaciones del Padre Lic. don Manuel de Soria y Beña, confesor que fué de Maximiliano durante su prisión en Querétaro, y que lo auxilió en todo instante, hasta el de su ejecución en el cerro de las Campanas.

El Dr. don Agustín Rivera, en sus Anales (1), presenta una biografía de este virtuoso sacerdote, y, en su oportunidad, pone la siguiente nota (2): "El Correo de Jalisco, en su número del 12 de enero de 1897, publicó el artículo siguiente:—

(1) Pag. 389 y siguientes; edición de Guadalajara.

(2) Pag. 393.

“Un testigo de los sucesos del Imperio.—Revelaciones del confesor de Maximiliano.—El Sr. Teófilo F. Idrac, antes rico, ahora muy pobre, pero siempre hombre de bien, es testigo ocular de muchos sucesos del Imperio, y hace tiempo está avecindado en México, donde nació el año de 1838.

Era el encargado de la hacienda de Buenavista, de Don Manuel Legorreta, anexa á la de Montenegro, á leguas de Querétaro, en 1867, á la caída del Imperio.....

El mal giro de los negocios hizo ir á Querétaro al Sr. Idrac el año de 1876. Deseaba comprar la finca Santa Bárbara, que había sido del finado Don Crescenciano Medina. Para informes se dirigió al Canónigo Soria, que glosaba la testamentaria. Habló largamente con él, y en la plática vino á colación la toma de la plaza.

—¿Y es cierto, Padre,—Preguntó el Sr. Idrac al Canónigo Soria, que era público y notorio había sido el confesor de Maximiliano—que el coronel Miguel López por traición entregó la plaza?

Y el Canónigo contestó con naturalidad:

—El coronel Miguel López no hizo más que lo que se le mandó.

El Canónigo Soria murió en Querétaro en la calle de San Agustín, frente á la Aduana, de un contagio de viruelas perniciosas.

Afirma el Sr. Idrac que en el Manifiesto del Sr. General D. Mariano Escobedo acerca de la toma de Querétaro, no se lee más que la verdad pura.

[EL UNIVERSAL]”

En la obra del señor Pola, refiriéndose al mismo testigo, se lee (1): “Don Teófilo Idrac, corredor conocido, nos refiere que en plática con el P. Soria acerca de la culpabilidad del coronel López, en la toma de la Cruz, le dijo:

—López ha sido calumniado: es inocente. De su conducta no se quejó el Emperador. Esta afirmación es importante, por haber sido confesor de Maximiliano el P. Soria.”

Conque oídlo bien vosotros los que, ciegos de furor y sin escuchar razones de ningún género, os encarnizais acusando sin compasión á Miguel López de traidor; vosotros los que quereis á todo trance sacar limpio á vuestro Emperador de toda responsabilidad por el naufragio tremendo de Querétaro.

(1) Pag. 172.

Es ahora el mismo confesor de vuestro Soberano, quien os está diciendo: “aquel á quien acusais de traición, no hizo más que lo que se mandó; es inocente y ha sido calumniado; de su conducta no se quejó el Emperador.”

¿Y os jactareis de saber más que el Padre Soria, de estar más interiorizados que él en la causa primordial de aquel desastre?

Tanto es vuestro encono contra el calumniado, y tanto el anhelo que teneis por presentar á vuestro ídolo limpio de toda mancha, que aquellos de vosotros que oigais hablar de esta prueba, contestareis sin tardanza: “es falsa, porque tiene que serlo todo aquello que se diga contra nuestro *augusto amo*, y en favor de Miguel López.”

Y no podreis decir más, ni con eso habreis destruido la fuerza probatoria de aquel decisivo testimonio; porque es inerrable y eficaz como ninguno, el motivo que el recto sacerdote tuvo para saber lo que después expresó con sus labios.

Y á la verdad, hay que deciros: si el virtuoso y recto Padre Soria, fuera el único y sólo en el mundo que atestiguara la inocencia de López, y mil de vosotros la contradijeran, siempre sería más, mucho más creíble el testimonio de aquel sólo varón, que el de vosotros todos por numerosos que fuerais.

¿Y por qué? Porque él tuvo gran motivo para saber lo que afirmó, y vosotros nó; porque él obro por caridad evangélica, que le manda dar testimonio de la verdad, sin detenerse ante los respetos humanos, y vosotros sois presa de una pasión de odio inextinguible contra un solo hombre hartamente envilecido y execrable ya con vuestras solas acusaciones; porque él está rindiendo debido homenaje á la justicia, y vosotros acusais por encono contra el calumniado y por amor á otro; porque él, en fin, es testigo de altísima probidad, y vosotros sois ciegos y apasionados acusadores.

XI.

NARRACIONES DEL GENERAL RAMÍREZ ARELLANO.

En los Anales del Dr. don Agustín Rivera, á la página 347 (1), se lee: “Un articulista de “El Universal,” dice: “Quien estas líneas escribe, recuerda haber oído en París, en 1881, á Mr. Alberto Hans, el autor de una obra titulada “Querétaro,”

[1] Edición de Guadalajara.

pues fué capitán de artillería al servicio de Maximiliano, y testigo ocular del sitio, referir que el general Ramírez Arellano [de quien fué grande amigo en Europa y aun su executor testamentario, despues de la muerte de este jefe en un hospital de Raminí], le había dicho que la víspera de la caída de la plaza en poder de Escobedo, se celebró un gran consejo de guerra presidido por Maximiliano, para discutir si debía ó no intentarse romper el sitio: que tanto á Miramón como á Mejía les sorprendió la ausencia de López, oficial superior, á quien hicieron buscar por todas partes sin encontrársele, y que entonces el Emperador lo excusó diciendo que le había dado una comisión personal: que á la mitad de la conferencia López se presentó, y Maximiliano, levantándose de su asiento, se fué á hablar con él en voz baja, lejos del grupo de los jefes y cerca de una ventana. El general Arellano agregaba, según Mr. Hans, que Miramón, de quien era íntimo amigo y confidente, le había expuesto sus dudas sobre aquella conducta sospechosa de López, y aun sobre la lealtad de Maximiliano para con sus partidarios. En la madrugada del día siguiente la Cruz fué ocupada por los soldados republicanos.—“Recordamos que en la reunión en que oímos á Mr. Hans referir este detalle, estaba presente Mr. Palmé, el famoso editor católico francés, cuya opinión, favorable al Imperio de Maximiliano, no podía ser discutida, y que este caballero dijo estas palabras muy significativas: “Je commence á croire que ce pauvre López n'est pas si coupable qu'on le considere.” Comienzo á creer que ese pobre de López, no es tan culpable como se le considera.”

El general Manuel Ramírez Arellano, poco después de la caída del Imperio, escribió en Europa, un opúsculo titulado “Últimas horas del Imperio,” en el que acusa al coronel Miguel López, de traición; pero al transcurso de los años, cuando aquel jefe tuvo mejor conocimiento de lo realmente sucedido en Querétaro, modificó notablemente sus juicios y sus ideas y en sentido muy favorable á López.

Sucedió á ese militar lo que ha sucedido á muchos de opiniones ya imperialistas, ya republicanas: han oído la constante voz de los acusadores, imputar á traición de Miguel López, la caída de la plaza; y á fuerza de oírla, han creído en la verdad de la imputación; pero alguna vez, por afición á la lectura ó al estudio de la historia patria, han visto documentos y encontrado pasajes históricos que contradicen muy directamente aquella imputación; y, naciendo entonces la duda en ellos, y el anhelo de conocer la verdad, han buscado y encontrado nuevos datos, y han acabado por absolver al acusado.

Tal me pasó á mí: en mi niñez y aun en mi edad adulta, no oía sobre esto más que las acusaciones contra López. Llegué á sentir aversión por este hombre, y eso que nunca he tenido ideas imperialistas, pero la traición es repugnante donde quiera que se encuentre. Andando el tiempo, apareció en mí la duda, cuando me dediqué al estudio de la historia; entré en conversaciones con militares que se hallaron en aquel suceso; vino después el debate por la prensa, del caso histórico en cuestión, el año de 1887, y todas mis dudas desaparecieron, acabando por creer en la inculpabilidad del acusado.

Uno de los jefes con quien más he conversado sobre el caso, es el señor coronel don José M. Rincón Gallardo, testigo de altísima importancia, por su probidad, y por el papel principalísimo que desempeñó en la ocupación de la Cruz. Este militar me ha dicho mil veces, que él, durante muchos años siguientes á la toma de Querétaro, estuvo en la creencia de que López había traicionado, pero que al cabo de ellos, hablando con otros jefes sabedores del secreto, y al aparecer el Informe del general Escobedo, supo la verdad, y modificó sus ideas respecto á López.

Pues esto mismo, repito, sucedió al general Ramírez Arellano, y aun creo que al mismo capitán Hans, como hemos visto que le pasó á Mr. Palmé, por sólo haber escuchado la narración que este oficial hacía de lo que le había dicho aquel general; y tal pasará, en fin, á todo aquel que quiera, sea imperialista ó republicano, estudiar el caso histórico y meditarlo con toda imparcialidad y sin pasión de ningún género.

Por lo demás, habiendo sido aquel jefe militar, muy leal servidor al Imperio, y muy adicto á la persona del Emperador, el cambio de ideas operado en él, con relación á López, viene á ser una prueba más, que se agrega al cuadro de las existentes, de que ese hombre no fué culpable.

Bien; ¿y cuál sería la comisión personal que dijo Maximiliano, al estarse celebrando la junta, que había conferido á López? ¿Y cuando, al regreso de éste, el Emperador levantándose de su asiento, se fué á hablar con él en voz baja, cerca de una ventana y lejos de del grupo de los jefes de la junta, qué hablarían? ¿Por qué en aquel instante asaltaron á Miramón mil dudas sobre la conducta sospechosa de López y sobre la lealtad del Archiduque para con sus partidarios, dudas que en el acto expuso aquel militar á su amigo y compañero, el general Ramírez Arellano, allí presente, y después narrador de esta escena? En la misma narración hay una frase que explica el enigma; y es esta: “En la madrugada del día siguiente, la Cruz fué ocupada por los soldados republicanos.”

Esa frase nos ha aclarado el misterio, y ya no nos queda ahora duda de que lo que Ramírez Arellano quiso decir con ella, es que lo que hablaron aquellos personajes, á la hora de la junta, en voz baja, cerca de una ventana y lejos del grupo de los jefes allí presentes, no fué sobre otra cosa, sinó sobre los arreglos que Maximiliano estaba celebrando á esas horas con el jefe sitiador, por conducto de su coronel. Y ya sabemos también, cuál fué la comisión especial que le había conferido (1).

Esa frase, puesta inmediatamente después de narrarse las dudas de Miramón, está dicha por Ramírez Arellano, con toda intención y con toda oportunidad, porque ella es la explicación inmediata de aquellas dudas. Si no fuera así, resultaría entonces inconexa, porque no vendría al caso, después de referir las dudas de Miramón, acabar diciendo que al día siguiente fué ocupada la Cruz por los republicanos. Lo único que faltó á esa frase al escribirse, fué un infinito número de puntos suspensivos, para indicar la intención con que la dijo Ramírez Arellano. Y creo que al pronunciarla verbalmente este militar, en presencia del capitán Hans, no faltaron esos puntos suspensivos.

Con esa frase está queriendo significar el general narrador que, en la ocupación efectuada al día siguiente por las tropas sitiadoras, encontró la explicación de las conferencias misteriosas de Maximiliano y López, y la confirmación de las sospechas de Miramón sobre la lealtad del Archiduque; sospechas que le vinieron en vista de aquellas conferencias, y de la conducta de ambos.

Y si dijeron aquí los defensores del Príncipe, que, puesto que Miramón sospechaba de la lealtad de Maximiliano desde la celebración de la junta de guerra, cuando después éste le pidió perdón en su celda, ¿cómo no interpretó tal acto como una espontánea confesión de su falta, sinó como un razgo de su noble corazón?, contestaríamos, desde luego, que aquel acto fué tan repentino y súbito, y tan inesperado de parte de Miramón que éste no pudo reflexionar sobre cuál sería la causa de aquella escena, máxime cuando es natural que se haya

(1) Dice Salm en sus Memorias [pag. 158] que "el 5 de Mayo estaba él en el cuarto del Emperador sentado escribiendo, con su perrito "King Charles el Baby" sobre las piernas, cuando entró López y en un rincón dijo algo al oído del Emperador" A no dudarlo ya en ese día fraguaban los dos, Maximiliano y López, el plan de entrega que realizaron al fin, en la madrugada del 15.

sentido instantaneamente poseído de inmensa gratitud al Soberano, por su aparente abnegación al ofrecer su vida á Juárez, por la de sus generales pidiendo gracia para éstos, pues la escena principió por darle parte de esa solicitud, y cuando llegó la de hincarse y pedir perdón, ya Miramón estaría poseído del agradecimiento que ello debe haberle inspirado, cuyo sentimiento, junto con la rapidez del acto, no le dió tiempo, y quizá ni lo pensó, á concordar este hecho con el que le había infundido sus sospechas.

Para completar el análisis de esta prueba, vamos á traer aquí á cuentas un dato de altísima importancia que confirma las dudas que, sobre la lealtad del Archiduque, asaltaron á Miramón luego que presenció la conducta sospechosa de éste y su coronel:

Refiere Víctor Darán en su obra citada ya (1), que luego que se acordó por los jefes imperialistas, la salida para la noche del 14 al 15 de Mayo, por las instancias de Miramón, fueron expedidas las órdenes correspondientes; mas entonces, por algunas objeciones que después hicieron al proyecto de salida algunos jefes, entre ellos el coronel Miguel López, alegando éste la necesidad de nutrir bien los caballos de la caballería, antes de emprender el movimiento, resolvió Maximiliano aplazar la salida *veinticuatro horas más*; haciéndolo saber así á Miramón, quien se manifestó inconforme con la prórroga, insistiendo en que desde luego se ejecutara el acuerdo; que Maximiliano para convencer á Miramón del estado en que se hallaban los caballos, mandó llamar á López, á quien no se pudo desde luego encontrar, presentándose al fin este jefe á las once [de la misma noche]; que la actitud de ese coronel, era singular: estaba pálido, confuso y balbuciente, excusándolo Maximiliano ante sus generales, atribuyendo la turbación de López, á la pena que sentía por su tardanza en venir; que al fin Maximiliano resolvió definitivamente aplazar la salida, y al ver entonces que se retiraban los jefes de la junta, dijo á Miramón: "Ne vous affigez pas, Miguel, qu'important 24 heures au succès d'une opération de guerre? No os affijais, Miguel, ¿qué importan 24 horas para el éxito de una operación de guerra?—"Sire, je ne suis point de votre avis, Dieu nous garde pendant ces vingt-quatre-heures."—Señor, yo no soy de vuestra opinión, Dios nos guarde durante estas veinticuatro horas."

(1) Pag. 204.

Ese empeño de Maximiliano llevado hasta el capricho, en aplazar la salida contra el parecer del más hábil de sus generales, bajo el pretexto de nutrir previamente á los caballos cuando no existían ya forrajes en la plaza, la ausencia de López á la hora en que se celebraba la junta, y la ocupación á la madrugada del día siguiente, de la Cruz, por los republicanos, son la más completa confirmación de las sospechas que todo aquello infundió á Miramón, y que comunicó allí mismo á su amigo y compañero Ramírez Arellano; son la realización de sus temores, expresados en su propia profecía: "*Dios nos guarde durante estas veinticuatro horas.*"

Y á la hora en que Miramón pronunciaba estas palabras, ya se hacían en el campo republicano, los preparativos para la ocupación.

XII.

CARTA DE MAXIMILIANO Á MIGUEL LÓPEZ.

En el suplemento publicado por el coronel Miguel López en el Monitor Republicano de 13 de Noviembre de 1867, había dicho aquel jefe, como hemos visto en la tercera parte de este libro: "Entre tanto, levanto mi frente muy alta para decir á mis acusadores y al mundo todo, que tengo en mi poder una prueba solemne, irrecusable, sagrada, de mi inocencia, que no debo exponer á las hablillas vulgares; pero que presentaré dónde y cuándo sea conveniente, y ante ella tendrán que descubrirse con respeto y confesar mi inocencia cuantos hasta ahora la han atacado, llevando su insolencia hasta suponer que el Emperador mismo me acusaba. Mientras ese momento llega, no volveré á escribir una línea más."

El general Escobedo en su Informe, narrando la conferencia que tuvo con López el 24 de Mayo, después de referir las instancias de éste para que el general guardara silencio respecto á la conferencia del día 14, á fin de no menoscabar el prestigio del Archiduque, si se divulgaba, y de advertirle el general que su silencio sería perjudicial para él mismo [para López], contestando éste que poco le afectaba el fallo anticipado que se había dado á su conducta, sigue diciendo: "Añadió [López] que estaba provisto de un documento que lo lavaba de cualquier mancha de que pudiera inculpársele, y que para darme á mí una satisfacción solamente por las dudas que

hubiese manifestado yo, me enseñaba el documento expresado, consistente en una carta que le dirigía el Archiduque, y cuya autenticidad me pareció indudable. Tomé una copia de ella, cuyo contenido textual es el siguiente:

"Mi querido coronel López—Nos os recomendamos guardar profundo sigilo sobre la comisión que para el general Escobedo os encargamos, pues si se divulga, quedaría mancillado Nuestro honor.—Vuestro affmo.—Maximiliano."

La fecha de esta carta, es de 18 de Mayo de 1867.

Este es, pues, el documento ó prueba de que hacía alarde López, en el suplemento que publicó, y en la conferencia que tuvo con el general Escobedo.

Ahora bien, cuando por primera vez esa carta se dió á conocer al público, fué redargüida de apócrifa y falsa, por los partidarios del Archiduque.

El Dr. don Francisco Kaska, austriaco de nacionalidad, que sirvió á Maximiliano, y reside aun en México, sujetó ese documento á un juicio pericial, que tuvo lugar el año de 1887; conociendo como peritos calígrafos don Manuel María Flores, don José María Rábago, don Eduardo Fernández Guerra y don Francisco Díaz González; y como profesores de la Academia de San Carlos, don José María Velasco, don Rafael Flores y don Santiago Rebull. Los dictámenes ó pareceres de aquéllos y éstos, se publicaron en el periódico "El Nacional," el 11 de Septiembre de 1887.

Estos peritos tuvieron á la vista diversos documentos que les presentó el Dr. Kaska, como autógrafos de Maximiliano, y sirvieron para cotejar la carta exhibida por López.

De sus dictámenes ó pareceres, resulta: según los profesores, que esta última, es una *pésima falsificación*; y, según los calígrafos, que no una misma mano escribió y firmó los documentos presentados por Kaska, y la carta de López.

Es notoria á la simple vista, la diferencia, aunque no absoluta, de letras de aquellos documentos y esta carta; y nadie negará esta diferencia.

Pero ahora bien, ¿con estos dictámenes habrá quedado demostrada inconcusamente la falsedad de la carta exhibida por Miguel López? ¿No será esa misma desigualdad de letras, un indicio precisamente de la autenticidad de tal documento?

Vengamos al análisis que está reclamando la cuestión acabada de proponer.

Lo primero que debe observarse respecto al dictamen ó parecer de los peritos, es que los documentos que, como autógrafos de Maximiliano les fueron presentados para cotejar con ellos la carta de López, no tienen para el caso de cotejo